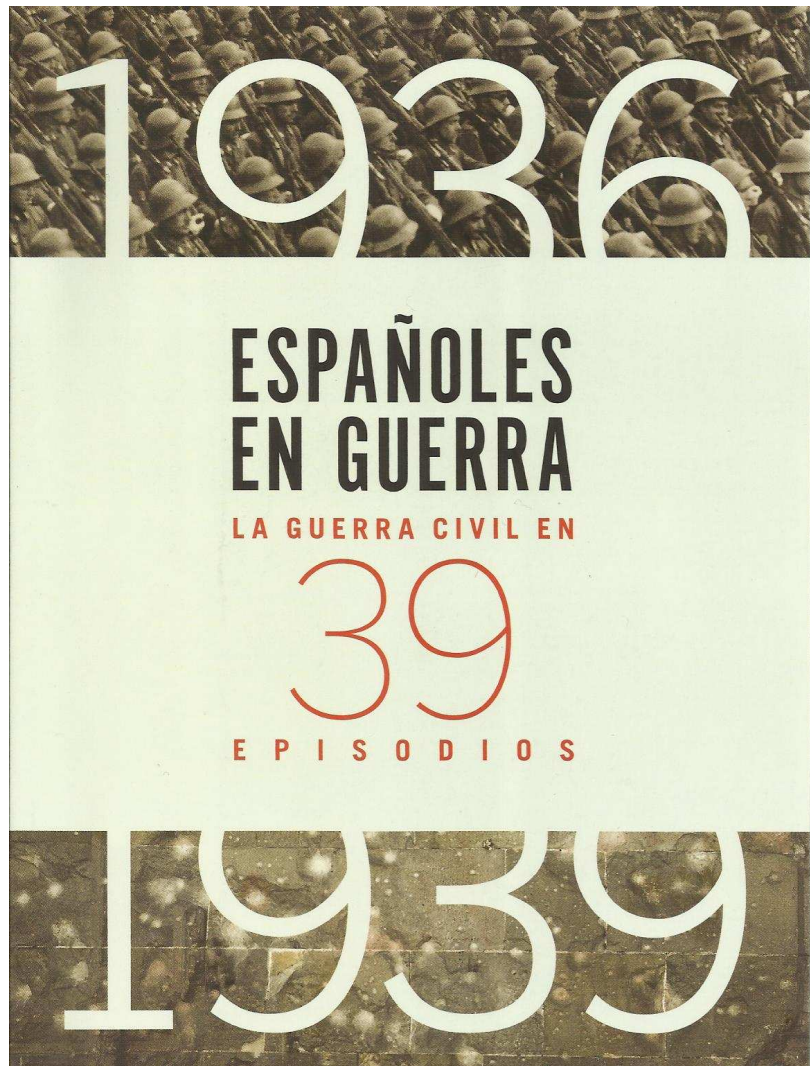


ESPAÑÓLES EN GUERRA

—extracto—



Carlos Gil Andrés

Ateneo Riojano

10 abril 2014

El texto de este opúsculo es un extracto del libro *Españoles en guerra. La guerra civil en 39 episodios* publicado por Ariel, Editorial Planeta, S.A.

El autor lo presentó en el Ateneo Riojano el 10 de abril de 2014

La imagen de portada corresponde a la portada del citado libro. Foto superior: Desfile militar del segundo aniversario del Día de la Victoria. Foto inferior: Huellas de balas y granadas grabadas en la pared de la Plaça de Sant Felip Neri, Barcelona.

Ateneo Riojano
Muro de Cervantes, 1-1º 26001-Logroño
941251938
info@ateneoriojano.com

Depósito Legal: LR323-2014

En enero de 1939 se imprimió en Barcelona *Los españoles en guerra*, un libro que incluía los cuatro discursos oficiales pronunciados por Manuel Azaña durante la guerra civil acompañados de un prólogo de Antonio Machado. La obra no llegó a distribuirse. Barcelona cayó en poder de los sublevados y las autoridades franquistas ordenaron la destrucción de la edición. Machado y Azaña corrieron una suerte parecida. Los dos tuvieron que cruzar la frontera de los Pirineos para buscar refugio en Francia y los dos encontraron allí una muerte temprana. El primero en febrero de 1939, en Colliure, a las pocas semanas de iniciar su exilio. El segundo en Montauban, apenas un año después, en noviembre de 1940. Podríamos decir, de alguna manera, que los dos murieron fuera de España a causa de España, del dolor y el sufrimiento provocados por la guerra.

En el prólogo del libro, Machado afirmaba que la voz de Azaña sonaba en sus discursos no solo para los «españoles en guerra», sin distinción de idearios ni banderas, sino también para las generaciones venideras, y que la voz del presidente de la República hablaba «para la historia». También los comentarios de Machado, leídos hoy, parecen escritos para la historia. O al menos para los historiadores. El poeta sostenía que la guerra de España era un «fenómeno histórico» que daría mucho que meditar a los «reflexivos del porvenir». A su juicio, los estudiosos del futuro podrían analizar de una manera más objetiva lo ocurrido cuando los hechos ya estuvieran «cuajados de pretérito», cuando los acontecimientos mostraran un «perfil definido», cuando el conflicto español pudiera compararse con otras «cristalizaciones de lo pasado» y con nuevos casos «que irán saliendo en el transcurso del tiempo». Pero esos juicios del futuro, advertía Machado,

no serían tampoco definitivos, porque la historia «no puede contenerse en silogismos cerrados. Si hay una lógica de la historia, ella es de tal índole que sus premisas evolucionan a la par que sus conclusiones, porque las perspectivas del tiempo las van constantemente enriqueciendo y modificando».

La perspectiva del tiempo, el contexto histórico, el estudio comparado y la revisión crítica. Las bases del trabajo del historiador. Hoy sabemos mucho más sobre la guerra que los contemporáneos del conflicto, condicionados por la información limitada que tenían a su alcance y por circunstancias que los sobrepasaban. Sabemos que la guerra civil no fue un hecho excepcional, que la contienda bélica que estalló en el verano de 1936 no se explica por el carácter violento e irracional de los españoles ni por el odio cainita de dos Españas condenadas a enfrentarse. En el período de crisis de la Europa de entreguerras ya se habían producido guerras civiles al menos en Yugoslavia, Italia, Francia y Grecia. Todas las guerras civiles se definen por la fragmentación del poder, por la existencia de dos facciones armadas dentro de un Estado que se enfrentan entre sí y compiten para implicar y controlar a la población civil. Casi todas se caracterizan por la violencia extrema de unos contendientes que saben que lo que está en juego no es la conquista del territorio, sino su supervivencia.

La guerra de 1936 al final fue la guerra de 1939. Nadie lo imaginaba cuando empezó. Los militares sublevados y sus apoyos civiles porque pensaban en un rápido paseo hasta Madrid. Los defensores de la causa republicana porque creían o bien que la rebelión sería sofocada o bien, los más pesimistas, que la República no aguantaría una guerra larga. Pero las guerras casi nunca

acaban según los planes diseñados de antemano. La guerra duró casi tres años, treinta y tres meses interminables. Y en eso tuvo mucho que ver el contexto internacional, la intervención de las potencias europeas, y también la capacidad de los contendientes para movilizar todos los recursos humanos y materiales en el conflicto para enfrentarse en la guerra total.

La rebelión militar supuso una cesura radical en la sociedad española. La violencia no partió de la nada, por supuesto, pero su carácter extremo, casi desde el primer disparo, inauguró un escenario completamente diferente. Como escribió en sus memorias Fernando Fernán Gómez, «en aquellos pocos días se había producido un gran cambio según el cual morir seguía siendo tan terrible como siempre, pero matar carecía de importancia». El fracaso parcial del golpe de Estado provocó la guerra y desencadenó una violencia masiva y absoluta sin precedentes. El adversario se convirtió en un enemigo deshumanizado. Una violencia espoleada por la existencia de varias fracturas sociales, de varios conflictos cruzados. La guerra civil fue una lucha de clases sociales, de ideologías enfrentadas, de entidades comunitarias, de sentimientos nacionales y de creencias religiosas. Cuando el orden legal se derrumbó los conflictos preexistentes resquebrajaron el país y multiplicaron una espiral sangrienta que sepultó las convenciones sociales y los principios de la convivencia pacífica.

Las guerras civiles suelen terminar con la victoria total de uno de los contendientes, con la rendición sin condiciones de los perdedores, su eliminación o su expulsión. La negociación es más fácil cuando ni los insurgentes ni las fuerzas gubernamentales son capaces de obtener un triunfo definitivo y cuando existe un apoyo

internacional para lograr la pacificación. Nada de eso ocurrió en España. Los sublevados consiguieron una victoria militar aplastante gracias a la superioridad abrumadora de su ejército, el apoyo decidido de las potencias fascistas, la disciplina autoritaria impuesta en su retaguardia y una mayor capacidad para obtener los recursos humanos y materiales que sostenían el esfuerzo bélico.

Después de 1939 hubo 39 años de dominio absoluto del vencedor, el general Franco, si se cuentan desde su proclamación como jefe de Estado en Burgos. Una dictadura que parecía eterna. Pero nada es eterno en la historia. Y ya han pasado otros 39 años desde la muerte del dictador, 75 desde el último parte de guerra.

En el prólogo a *Los españoles en guerra* Antonio Machado advertía a los estudiosos del futuro que sería imposible revivir lo pasado, que no sería fácil juzgar el gran incendio de la guerra española por el mero análisis de las cenizas. Ese es el trabajo del historiador. Reconstruir los hechos a partir de sus restos fragmentarios, interpretar y comprender los problemas y fenómenos históricos en el contexto en el que ocurrieron, sin renunciar a su complejidad. Entre las cenizas de la guerra ya no hay ascuas encendidas. Pero los historiadores tenemos la obligación de contar a cada generación lo que fue aquel incendio. Con la honradez, con rigor crítico y también con sensibilidad. Y con un claro compromiso con los valores de la democracia y los derechos humanos. La historia no se repite, pero su enseñanza nos proporciona un aprendizaje moral. Que la llama de la violencia y el fuego de la guerra sean un pasado para siempre pasado.

La primavera de 1936

La última etapa política de la Segunda República fue muy breve, apenas cinco meses, los que transcurrieron entre febrero y julio de 1936, entre el triunfo electoral del Frente Popular y la sublevación militar que desencadenó la guerra civil. Un período tan corto como intenso, complejo y conflictivo. La historiografía más seria ha desmontado el tópico de la «primavera trágica», la imagen del caos, la anarquía y la violencia descontrolada.

La conspiración militar

Las armas contra las urnas. En febrero de 1936 algunos generales africanistas comenzaron a urdir la trama del golpe de Estado. A sus espaldas tenían una larga tradición militarista y pretoriana. A su alrededor, en las salas de banderas, muchos oficiales inquietos, decididos a secundar una sublevación para terminar con la República. Fuera de los cuarteles, por último, esperaban los apoyos sociales necesarios para que al movimiento contrarrevolucionario no le faltaran ni hombres ni dinero.

El golpe de Estado

«¡CAFÉ!, ¡CAFÉ!» (¡Camaradas!: ¡Arriba Falange Española!»). Los gritos de los oficiales más jóvenes e inquietos del Ejército del Norte de África, en los días previos al 17 de julio de 1936, presagiaban la tormenta de sangre y fuego que se avecinaba. El objetivo de los rebeldes, como en cualquier golpe de Estado, era la conquista rápida del poder. Se quedaron a medio camino, ni hacia delante ni hacia atrás. La división de fuerzas y de poderes abrió el escenario de una guerra civil.

La guerra de columnas

En los días siguientes al 17 de julio de 1936 los informes diplomáticos británicos calificaban lo ocurrido en España como una rebelión, como una revuelta contra el Gobierno e incluso como una revolución. A partir del 28 de julio empezaron a hablar de una guerra civil, la «Spanish Civil War». La sublevación militar se había convertido en un enfrentamiento bélico entre dos bandos, el conflicto nacional se transformaba en un escenario internacional.

Mola

Emilio Mola fue el «Director» de la conspiración militar que culminó en el golpe de Estado de julio de 1936. En los meses previos demostró sus dotes como organizador y coordinador de la sublevación. Pero cuando la rebelión se convirtió en una guerra civil los acontecimientos lo fueron relegando a un lugar secundario.

La Falange

Camisas azules, yugos y flechas, brazos en alto. Los símbolos, la ideología y la capacidad de movilización. En la antigua Grecia la falange era el cuerpo central de la infantería pesada. El término define también a un grupo numeroso y ordenado de personas que tienen un mismo fin. El fin de Falange Española era la contrarrevolución fascista, la destrucción de la República.

El Requeté

Un Requeté, decían las Ordenanzas de Enrique Varela, era la «unidad de acción que reúne suficientes fuerzas de choque y capacidad de maniobra para desempeñar aisladamente una misión de importancia». Seis «boinas rojas» formaban una patrulla, veinte un grupo, setenta un piquete, tres piquetes un tercio, la unidad superior. Todos dispuestos a luchar contra los «enemigos de España».

Las milicias republicanas

En el verano de 1936 allí donde la rebelión militar fracasó surgió el «ejército del pueblo», columnas de milicianos dispuestas a sofocar la sublevación y proclamar la revolución. Pero el entusiasmo no gana batallas. El fervor

revolucionario vivido en las calles de las ciudades perdía su fuerza en campo abierto. Hacía falta disciplina, capacidad de mando, armas modernas y recursos económicos. Hacía falta un ejército.

Federica Montseny

La primera ministra de la historia de España. Cuando Federica Montseny llegó al Gobierno de la República, en noviembre de 1936, en el Madrid asediado por las tropas rebeldes, los únicos títulos que tenía, según su propia confesión, eran «taquigrafía y mecanografía». Escritora y propagandista anarquista, Federica era la «indomable», el personaje que ella misma había inventado en sus novelas de juventud.

La violencia en la retaguardia sublevada

«Sacas» y «paseos», listas negras y fosas comunes, humillaciones y vejaciones, juicios sumarísimos y pelotones de fusilamiento. La violencia extrema de la guerra civil no fue el resultado de una locura colectiva, no fue el fruto del odio de dos Españas condenadas trágicamente a enfrentarse. Los militares sublevados, los primeros responsables de lo ocurrido, impusieron un terror brutal, premeditado y calculado. Un proyecto de exterminio político.

La violencia en la retaguardia republicana

La violencia homicida de la retaguardia republicana fue también terrible. No fue una mera explosión de ira popular, espontánea y descontrolada. En los partidos de izquierda, los sindicatos obreros y las mismas instituciones estatales

hubo muchos responsables de decenas de miles de asesinatos. Pero fue el propio Estado republicano el que frenó y cortó el terror revolucionario. Entre los discursos de Azaña y los de Queipo de Llano había un mundo.

Días de revolución

Milicianos con mono azul y fusil en bandolera, pañuelos rojinegros de la CNT y brazaletes rojos socialistas y comunistas. Control obrero en las fábricas y colectivizaciones en el campo. Tierra y libertad. Los sublevados provocaron lo que tanto temían, la revolución proletaria, el «pueblo en armas» dueño de la calle. Pero el sueño igualitario fue un espejismo de unos meses.

La Cruzada religiosa

En cuerpo y alma. La Iglesia católica se adhirió a la sublevación militar desde los primeros días, sin reservas. Como escribió entonces José María Pemán, «el humo del incienso y el humo del cañón, que sube hasta las plantas de Dios, son una misma voluntad vertical de afirmar una fe y sobre ella salvar un mundo». La Iglesia fue una víctima de la violencia, pero estuvo también al lado de los verdugos.

El Comité de No Intervención

Policy of appeasement, política de apaciguamiento. El contexto internacional de la guerra civil española estuvo determinado por la política de No Intervención apadrinada por las potencias democráticas europeas, Francia y el Reino Unido. El balance de suministros militares y ayudas financieras y materiales fue tan desequilibrado, a favor de

los sublevados, que condicionó en parte el resultado final de la contienda, la derrota total de la República.

Alemania

La sombra de la esvástica del Tercer Reich planeó sobre los cielos de España durante toda la guerra civil. La contienda española fue uno de los episodios finales de la crisis de la Europa de entreguerras, uno de los acontecimientos que desembocaron en el estallido de la segunda guerra mundial. En 1936 la principal amenaza para la frágil paz europea era la agresiva y beligerante política exterior impulsada por las potencias fascistas, la Italia de Mussolini y, sobre todo, la Alemania de Hitler.

Italia

El sueño de Mussolini era la recreación del *Mare Nostrum* de la Roma imperial. Para lograr su triunfo en España no bastaban unos cuantos aviones y un puñado de camisas negras. Había que llevar al reñidero español un auténtico ejército, el *Corpo Truppe Volontarie*. La euforia de Málaga, el desastre de Guadalajara, el honor de Santander, la vida en la retaguardia franquista o las bombas sobre Barcelona que presagiaban la hecatombe mundial que se avecinaba.

Franco

Se llamaba Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco Bahamonde. En el otoño de 1936 se convirtió en Generalísimo jefe de Gobierno del Estado. La fuerza de las armas le dio un poder absoluto que retuvo en sus manos durante los siguientes 39 años, hasta el momento de su muerte. Una larguísima dictadura nacida y sostenida

por la violencia, excluyente y antidemocrática. Franco fue uno de los personajes más destacados de la historia del siglo XX, por desgracia para España.

La URSS

Igreks era el nombre convencional de los buques que llevaron material bélico soviético a España. *Igrek-1*, *Igrek-2*... Hasta 66. La ayuda de la URSS detuvo a los sublevados en las puertas de Madrid. Gracias a ella, la República tuvo armas para plantar cara a la maquinaria militar del Eje, pero no para ganar la guerra. El carácter limitado y discontinuo de esa ayuda prueba que Stalin no pretendía crear una república comunista en España. Su objetivo era mucho menos ambicioso, frenar la expansión del fascismo y asegurar, de paso, sus propios intereses.

La batalla de Madrid

«Madrid, corazón de España», escribía Rafael Alberti, «late con pulsos de fiebre». Durante cuatro meses la batalla de Madrid centró la atención de todo el mundo. En las puertas de la capital combatían mercenarios marroquíes, falangistas, milicianos de todas las tendencias y brigadistas internacionales. En las calles de la ciudad el miedo convivía con la esperanza, el hambre con los destrozos y las víctimas de los bombardeos.

Vicente Rojo

El héroe de la defensa de Madrid, el principal estratega de la batalla del Ebro, el general más prestigioso de la República. Vicente Rojo Lluç se definió siempre como católico, militar y patriota. ¿Qué hacía luchando contra los

sulevados? Para él la respuesta era sencilla: cumplir con su deber, permanecer al lado de la legalidad.

Las Brigadas Internacionales

«Voluntarios de la Libertad». En la defensa de Madrid, en Jarama y Guadalajara, en Brunete y Belchite, en Levante y en el Ebro. Las Brigadas Internacionales fueron las unidades militares donde se encuadraron los voluntarios extranjeros que llegaron a España a defender la causa de la República. Su motivación altruista ofrece pocas dudas. Para muchos de ellos, la guerra civil española era la primera batalla de la segunda guerra mundial.

Largo Caballero

El «Lenin español». Un calificativo que distorsiona la larga trayectoria de uno de los principales dirigentes obreros de la historia de España. Un líder austero y sobrio, duro de carácter. Un sindicalista pragmático, heredero de la figura de Pablo Iglesias, plenamente dedicado a la causa obrera, con más de medio siglo de militancia. Protagonista de la edad de oro del movimiento obrero español, ganó algunas batallas y perdió la más decisiva, la guerra.

La guerra en campo abierto: Jarama y Guadalajara

En los primeros meses de 1937 la guerra civil dejó de ser un conflicto militar de dimensiones limitadas y características primitivas. En el valle del Jarama y en los campos de Guadalajara la contienda se convirtió en una guerra moderna librada entre dos ejércitos capaces de plantear grandes operaciones en campo abierto. Madrid resistía, Mussolini sufría una humillación y Franco

pensaba que, al fin y al cabo, una guerra larga podía ser el mejor camino para una victoria total.

El Ejército franquista

En el verano de 1936 los militares sublevados no consiguieron conquistar el poder. Pero estaban mejor preparados para afrontar el desafío de una guerra larga. Tenían un control férreo del territorio, mandos y unidades suficientes para organizar un ejército y la ventaja decisiva de la ayuda exterior. Al terminar la contienda, Franco tenía bajo sus órdenes a 1.020.500 hombres en armas, los sólidos cimientos de su dictadura.

El Ejército Popular

«Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera», escribía Miguel Hernández en medio de la guerra. Un verso que podían pronunciar cientos de miles de soldados republicanos. El Ejército Popular de la República fue improvisado a partir del otoño de 1936. Al año siguiente defendía más de 2.000 kilómetros de frente y era capaz de lanzar operaciones ofensivas aunque no de culminarlas con éxito. Y cada batalla le conducía hacia la derrota.

Azaña

La pluma y la palabra. Azaña de día que la escritura era la lucha de la inteligencia contra el tiempo. Su obra escrita ha sobrevivido más que su obra política, ahogada en la barbarie sangrienta de la guerra civil. También dijo, en las vísperas de la derrota «habrá mucha gente que no sepa quién éramos Franco y yo». Los dos han pasado a la historia como personajes centrales de la España del siglo XX. Pero con un legado bien diferente.

La movilización femenina

«A la mujer abnegada, heroica, ejemplar entre todos los horrores, la angustia y la desesperanza.» La dedicatoria que escribió Vicente Rojo, para encabezar su libro Así fue la defensa de Madrid, podría servir para describir el sufrimiento de todas las mujeres durante la guerra. Fueron víctimas de la violencia y padecieron en primera persona las durísimas condiciones de la vida de la retaguardia. Pero también fueron sujetos activos que tomaron partido, participaron en el esfuerzo de guerra y afrontaron sus consecuencias.

El Estado franquista

Las bases del régimen franquista se construyeron durante la guerra civil. Un Estado nuevo levantado sobre las ruinas destruidas de la España liberal, parlamentaria y democrática. Un Estado totalitario edificado sobre los cimientos del mando único del Ejército, del partido único fascista, de la única fe verdadera y de un líder providencial exaltado como Caudillo.

El Estado republicano

En el verano de 1936 la República tuvo que hacer frente a una rebelión militar y a una revolución obrera. La legalidad institucional se vino abajo, pero los sublevados no lograron la conquista del poder y los revolucionarios ni siquiera se lo plantearon. Acosados por las necesidades de la guerra, el Estado republicano comenzó su reconstrucción. Logró recomponer el orden en la retaguardia y llevó al frente la disciplina y la firmaza que faltaban. Pero no pudo evitar la derrota.

El final del frente Norte

La zona Norte de la República fue ocupada por los sublevados en una dura campaña desarrollada entre la primavera y el otoño de 1937. A partir de ese momento la superioridad franquista, tanto desde el punto de vista militar como económico, parecía incuestionable. La guerra solo podía tener un vencedor y Franco no tenía prisa por demostrarlo. Como le dijo entonces al embajador italiano, su objetivo no era conquistar el territorio, sino a sus habitantes.

La ofensiva republicana: Brunete y Belchite

En el verano de 1937 el estruendo de la guerra ocupó las llanuras de Brunete y Belchite. El ruido ensordecedor de los aviones Junker 52, Heinkel 70, Messerschmitt 109, Chatos y Moscas; los obuses de los cañones Armstrong, Schneider, Krupp y Flak; los tanques T-26, BT-5, Fiat y Panzer; las ametralladoras Maxim, Vickers y Hotchkiss; los fusiles Mosin y Mauser... Cuando volvió el silencio, sobre los campos de batalla quedaron los cuerpos sin vida de miles de soldados que no cambiaron las líneas de los frentes ni variaron el curso de la guerra.

Cultura y propaganda

Persuadir, motivar, denigrar... En 1937 Antonio Machado escribía que el objetivo principal de una guerra no era convencer sino abatir y vencer al adversario, pero que no había guerra sin retórica. La guerra civil española también la tuvo, una guerra de palabras y de imágenes librada con tinta de imprenta, rollos de celuloide y ondas de radio. La

batalla épica de la libertad republicana frente al fascismo; la cruzada nacional franquista contra la «barbarie roja».

La vida cotidiana en la retaguardia

En una guerra «total» contemporánea, como la guerra civil, no hay diferencia entre militares y civiles, entre combatientes y paisanos. La retaguardia se convierte en un espacio geográfico y simbólico dominado por la imposición de la violencia y la movilización de todos los recursos humanos y materiales para el esfuerzo bélico. El miedo y el hambre. Quizá las dos palabras que mejor representan los sentimientos y las percepciones de la mayoría de la población que vivió la guerra lejos del frente.

Vivir en las trincheras

En la guerra civil más de dos millones de españoles fueron reclutados para luchar en el frente. El frío, el hambre y las enfermedades formaron parte de su vida cotidiana tanto como el fragor del combate. Las privaciones y necesidades de la vida de campaña afectaron tanto a la moral de los combatientes como las noticias de la marcha de la contienda. La guerra española fue una guerra de pobres. Pero la primera característica de una guerra es la experiencia cercana de la muerte. Y el hecho de matar.

De Teruel al Mediterráneo

El 7 de enero de 1938 las tropas republicanas ocupaban Teruel, el éxito militar más sonado del Ejército Popular. Los soldados que celebraban la victoria entre las ruinas de

la ciudad no podían imaginar que, apenas tres meses más tarde, la contraofensiva «nacional» los empujaría hasta el Mediterráneo, dividiendo en dos el territorio de la República. El frente de Aragón se había derrumbado. La amenaza franquista se cernía sobre Valencia y Cataluña. La guerra podía terminar en unas semanas. Pero no fue así.

Negrín

Un servidor de Moscú, un instrumento de los comunistas, un político de actitudes casi dictatoriales, ambicioso y vanidoso, aficionado a los placeres burgueses, que condujo al país a la catástrofe. Durante la guerra, y después de ella, Juan Negrín fue denigrado con saña por unos y por otros. En los últimos años la historiografía ha rehabilitado su figura histórica. Un científico políglota, con vocación europeísta. Un hombre de Estado pragmático, con una voluntad de hierro y una gran capacidad de trabajo. Inteligente y apasionado, enérgico y desordenado. Un personaje extraordinario en un momento extraordinario de la historia de España.

El Ebro: la gran batalla

«Los rojos han cruzado el Ebro.» A las cero horas y quince minutos del 25 de julio de 1938 las tropas republicanas cruzaron el río por sorpresa. Por delante tenían la última esperanza de cambiar el curso de la guerra. El 16 de noviembre, después de 113 días de durísimos combates, los últimos supervivientes volvían a pasar a la orilla izquierda del Ebro. Atrás quedaban más de 120.000 bajas en un terreno de apenas ochocientos kilómetros cuadrados que no valía nada, que lo valía todo.

La caída de Cataluña

La ofensiva final. En apenas un mes el ejército franquista terminó con la resistencia republicana en Cataluña. La desbandada de los reclutas bisoños, el silencio de vísperas de Barcelona, la huida frenética hacia la frontera, la desaparición del Estado, los bombardeos incesantes, las caravanas de refugiados... La caída de Cataluña fue la imagen de la derrota total de la República antes de que esta se produjera.

El derrumbe de la República

«Del Hacho al Pirineo has avanzado / vega de espadas, despertando el brío / y ya rige tu fuerte señorío / del Océano al mar, tierra y Estado.» Los versos de Dionisio Ridruejo, en honor a Franco, resumen el recorrido de las tropas sublevadas a lo largo de la guerra. Desde el monte Hacho, en Ceuta, en julio de 1936, hasta los pasos fronterizos de los Pirineos, en febrero de 1939. La agonía de la República se prolongó un mes más. La amargura de la derrota y el júbilo de la victoria.

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.»

=====

«Por el Paseo de la Castellana pasa un Ejército en desfile; lo que fue mancha victoriosa por la Geografía de España, es hoy línea, aguda y dura, como una lanza.» Así comienza la crónica de Agustín de Foxá para el diario ABC sobre el desfile de la Victoria celebrado en Madrid, el 19 de mayo de 1939. Durante cinco largas horas más de cien mil soldados desfilan delante de un arco de triunfo monumental presidido por Francisco Franco Bahamonde, Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, condecorado ese mismo día con la Gran Cruz Laureada de San Fernando. Los gritos de «¡Franco, Franco!» Se mezclan con los de «¡Duce, Duce!» y con vivas a Hitler cuando desfilan los soldados italianos del *Corpo Truppe Volontarie* y los alemanes de la Legión Cóndor. Pasan generales con boina roja, camisas azules de Falange, camisas de color aceituna del Tercio, marinos, aviadores, artilleros, soldados de Caballería y la «gracia varonil» de la Infantería. «Pasa un Ejército nostálgico del paisaje, del campo violento, peligroso de la guerra; barcas de pontoneros en camiones, secas, sin ríos (Ebro o Segre) que atravesar; cañones mudos, sin cresterías de montañas ni fortalezas que desmoronar, y el paso ondulante de los tanques, que se adapta a las rugosidades de los viñedos y los surcos, sobre el liso asfalto.» El Ejército que desfila «lleva el viento de la Victoria en la espalda, y tuvo antes del desfile que limpiarse la sangre y el barro de las batallas».

La sangre de las batallas. No conocemos con certeza el número de soldados fallecidos en el frente. Algunos historiadores hablan de 200.000 muertos. Otros autores rebajan esa cifra hasta los 150.000.

De ellos, unos 90.000 serían combatientes republicanos, condenados al olvido, sepultados «entre los

escombros de la guerra», en el verso de Manuel Altolaguirre. El resto, unos 60.000, soldados franquistas recordados como héroes y mártires. Los «caídos por Dios y por la Patria» grabados en las fachadas de las iglesias, las lápidas, los monumentos y las cruces de piedra que mencionaban solo a la comunidad de ellos vencedores.

Pero lo que caracteriza a una guerra civil y a una guerra total como la española, librada en la barbarie de la Europa de entreguerras, en las vísperas de la segunda guerra mundial, es la brutalidad y la crueldad de la violencia dirigida contra la población civil, contra los hombres y las mujeres que no llevaban un fusil entre las manos ni vestían un uniforme militar. Las 50.000 personas asesinadas en la retaguardia republicana y las 130.000 muertes violentas de la zona dominada por los franquistas, cifras que todavía no son definitivas. A ese número hay que sumar las víctimas provocadas por los bombardeos, unas 12.000 en la zona republicana y algo más de 1.000 en territorio sublevado. Y también los muertos causados por las enfermedades, el éxodo forzoso, el hambre y las privaciones de todo tipo asociadas a las circunstancias de la guerra. Entre 80.000 y 100.000 muertes que no se hubieran producido sin el estallido de la contienda. En total, a lo largo de treinta y tres meses, el conflicto bélico desencadenado por el golpe de Estado militar produjo un número de muertos seguramente no inferior a 450.000. La sangre redentora de España, como dijo el propio Franco unos años más tarde. Ya lo había avisado Manuel Azaña en sus diarios, en julio de 1937: «Cuando estén colmadas de muertos las cuencas de España, muchos creerán haber engendrado una nueva patria; o lo dirán, para que la sangre de sus manos parezca la sangre de un parto. Se llaman padres

de la patria, o sus comadrones, y nos son más que sus matarifes».

Las vidas perdidas en el interior de España y también las que tuvieron que salir hacia el exilio huyendo de la violencia. El propio Azaña cruzó los Pirineos y pudo ver con sus propios ojos, en los caminos de la frontera a Perpiñán, cómo los gendarmes y los soldados senegaleses daban «caza» a los españoles fugitivos: «empezaba una de esas tragedias que parecen reservadas a la desventura de nuestro pueblo». En las primeras semanas de 1939 entraron en Francia 450.000 refugiados españoles, la mitad de ellos civiles. Un masivo éxodo realizado en unas condiciones penosas. Francia no concedió a los republicanos el estatus de refugiados. La mayoría de los exiliados fueron recluidos en campos de concentración improvisados en marismas y playas desiertas, sin ningún tipo de servicios, donde padecieron hambre, frío y todo tipo de enfermedades y humillaciones.

Al terminar el año 1939 más de 250.000 refugiados habían regresado a España, la mayoría civiles y excombatientes sin una significación política destacada. Había contingentes importantes de exiliados españoles en el Norte de África (12.000), en México (8.000) y en la Unión Soviética (4.000) y grupos menores en otros países europeos y americanos. En Francia permanecían unos 140.000. Para escapar de los campos de internamiento miles de españoles terminaron reclutados en las Compañías de Trabajo de Extranjeros, de carácter militar, o enrolados en la Legión Extranjera. Españoles que huían de una guerra y se encontraron con otra. Algunos creían que era la misma. Después de la invasión alemana de Francia muchos republicanos vivieron sometidos a la vigilancia rigurosa del régimen de Vichy. Otros fueron

perseguidos por los agentes de la Gestapo, que entregó a las autoridades franquistas a personalidades como Lluís Companys, Julián Zugazagoitia o Joan Peiró para acabar delante de un pelotón de fusilamiento. Y al menos 10.000 españoles fueron deportados a los campos de exterminio nazis. A Buchenwald, donde Jorge Semprún contempló «cara a cara, el horror radiante del Mal absoluto». Y a Dachau, Auschwitz, Ravensbrück, Sachsenhausen, Bergen Belsen y Mauthausen. Sobre todo Mauthausen. Allí llegaron 7.200 republicanos y murieron casi cinco mil. Cuando el campo fue liberado los supervivientes españoles no pudieron regresar a su país. En el campo de concentración estaban identificados con el triángulo azul de los apátridas. En el interior del triángulo figuraba una «S». Eran *spaniers*, apátridas españoles.

No tenían sitio en su país de origen. Ya lo había dicho Franco en su discurso de la Victoria: «Terminó el frente de la guerra pero sigue la lucha en otro campo». El triunfo conseguido con las armas se malograría «si dejásemos en libertad de acción a los eternos disidentes, a los rencorosos, a los egoístas». El espíritu de los vencidos «no se extirpa en un día, y aletea en el fondo de muchas conciencias». Los arrepentidos de corazón podían formar parte de la Nueva España «pero si ayer pecaron, no esperen les demos el espaldarazo mientras no se hayan redimido con sus obras».

Con sus obras y con sus vidas. Al terminar la guerra España era un enorme campo de concentración. En el Año de la Victoria un millón de españoles vivían, a duras penas, privados de libertad. Existían más de cien campos de concentración estables con 500.000 prisioneros de guerra en espera de ser clasificados, reeducados y sometidos al castigo impuesto por los

vencedores. Otros 90.000 estaban recluidos en el centenar largo de Batallones de Trabajadores y casi 50.000 en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, condenados a trabajos forzosos, humillaciones y privaciones. Mano de obra barata para construir carreteras, vías ferroviarias, obras hidráulicas, edificios públicos y el Valle de los Caídos, el monumento funerario proyectado por Franco en la sierra de Guadarrama. La población de las cárceles alcanzaba los 300.000 reclusos a mediados de 1939. Un año más tarde la cifra oficial era de 270.000 detenidos, 23.000 de ellos mujeres, hacinados en casi 500 establecimientos penitenciarios y prisiones habilitadas, sometidos a castigos humillantes y a unas duras condiciones de vida, sin apenas atención sanitaria. Miles de reclusos fallecieron en las cárceles. Como Miguel Hernández, que pasó por una docena de prisiones «comiendo pan y cuchillo» hasta que en 1942 la tuberculosis acabó con su vida en el Reformatorio de Adultos de Alicante.

El sistema represivo franquista, sostenido por el Ejército y bendecido por la Iglesia católica, era una maquinaria totalitaria que demostraba que el propósito del dictador durante la guerra no había sido la ocupación del territorio y la toma del poder sino una profunda transformación de la sociedad. Hacer tabla rasa del pasado, extirpar de raíz la experiencia de los años anteriores al conflicto bélico. El estado de guerra proclamado por los militares rebeldes en julio de 1936 no se derogó al terminar la contienda, como cabría esperar, sino que se mantuvo vigente en toda España hasta abril de 1948. Casi doce años de justicia militar arbitraria, de consejos de guerra sumarísimos y de violencia represiva. Los historiadores calculan que en la década posterior al

final de la guerra fueron ejecutadas cerca de 50.000 personas, casi todas en los primeros años. Penas de muerte y largas condenas de cárcel, como los 23 años que el poeta Marcos Ana pasó en prisión, «un patio donde giran / los hombres sin descanso».

Además de los consejos de guerra, el entramado legal de la dictadura persiguió a los vencidos con los más de 200.000 expedientes abiertos por la Ley de Responsabilidades Políticas, aprobada en febrero de 1939, que reclamaba los bienes incluso de aquellos que ya habían sido castigados con la muerte. Al año siguiente se aprobó la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo, que llegó a expedientar a 80.000 personas, y la fiscalía del Tribunal Supremo abrió los trabajos de la famosa «Causa General de la Revolución Marxista». En 1941 el Gobierno de Franco publicó la Ley de Seguridad del Estado, dos años más tarde la Ley de Rebelión Militar y en 1947 la Ley de Represión del Bandidaje y el Terrorismo, que endureció las penas contra los grupos guerrilleros antifranquistas que aún luchaban en las sierras. Los que no pudieron huir fueron abatidos en el monte, asesinados por la «ley de fugas» o ejecutados delante de un paredón.

La represión fue especialmente meticulosa con los empleados públicos que no pudieran demostrar su adhesión al Movimiento Nacional. Hubo casi 300.000 expedientes de depuración, con una saña especial hacia los maestros acusados de predicar ideas «disolventes». Una purga necesaria para construir la nueva escuela nacionalcatólica. A las inhabilitaciones y sanciones temporales se sumaron los despidos masivos, confiscaciones, expropiaciones y destierros. Los vencidos que regresaron a sus casas siguieron sometidos al

examen de las juntas y delegaciones de la Libertad Vigilada, al control social de los poderes de cada localidad, el alcalde, el jefe de Falange, el párroco y la Guardia Civil. Siguieron marcados por el estigma de la derrota. Su huella indeleble aparecía en cada petición de un permiso o una licencia, en los registros de antecedentes penales, las denuncias locales, las multas municipales o las sanciones de la Fiscalía de Tasas que castigaba el tráfico menudo de la subsistencia.

La vida cotidiana de la posguerra estuvo marcada por la cultura del miedo y del silencio. Y también por la escasez, la carestía y el hambre. Para la mayoría de la población los días se medían en céntimos, en gramos y en cupones. Los de las cartillas de racionamiento, implantadas en mayo de 1939, unos días antes del desfile de la Victoria, y vigentes hasta 1952. Hasta ese año no se recuperó, y solo en parte, el nivel de renta familiar que existía en España antes de la guerra,. La culpa no era de la «pertinaz» sequía ni de las destrucciones de los «rojos», como repetía la propaganda franquista. Los países europeos asolados por la segunda guerra mundial reconstruyeron sus economías nacionales en cuatro o cinco años. España tardó casi quince. Una consecuencia de la política económica autárquica impulsada por Franco, un disparate absurdo que se convirtió en una hambruna catastrófica. Apareció el mercado negro y con él los grandes estraperlistas que se aprovecharon de la especulación y de la corrupción generalizada par enriquecerse a manos llenas. Y también la miseria que acosó a millones de españoles, empeñados en la lucha diaria por la subsistencia.

El régimen de Franco se mantuvo en el poder mucho más allá del tiempo de los dictadores en el que

había nacido. Su extraordinaria duración no se explica solo a través de la represión y la violencia. El franquismo gozó también de un apoyo social considerable, de un consentimiento que no puede ser ocultado. Y la actitud de los españoles hacia la dictadura no puede reducirse a una simple división de «afectos» y «desafectos». Las experiencias de los ciudadanos fueron mucho más complejas. En ocasiones incluso contradictorias. La aceptación social podía coexistir con el miedo familiar, la adhesión pública con el malestar privado, la ideología con la impostura, el oportunismo político con el deseo de la gente corriente de sobrevivir.

El recuerdo permanente de la guerra se convirtió en un factor de legitimidad para el franquismo. A un lado quedaba el dolor del pasado, el temor, la inseguridad y la desconfianza. Al otro, la esperanza de vivir en paz, aunque fuera una paz miserable basada en la privación, el silencio y la exclusión. Bajar la cabeza, no meterse en problemas, no hablar de política, no significarse. La resignación, a aceptación pasiva, la vida «normal». El presente como algo dado, el futuro como una cuestión privada. Lo expresaba muy bien un personaje de *La larga marcha*, la novela de Rafael Chirbes: «Vivir a cambio de dejar de ser uno mismo: ese era el trato que los supervivientes habían hecho con el vencedor, pero no solo él, sino la mitad del país. O sea, que vivir se había convertido solo en una apariencia».